

## El monopolio de la imaginación: El cine como discurso ideológico de Estado

ALBERTO MARCOS EGLER.

Comenzamos en 1914, con la aparición de la película "El Nacimiento de una Nación", de Griffith. En estas mismas fechas se suceden diversas circunstancias históricas que vamos a desgranar y que nos van a ayudar a centrar el punto de arranque. Las agruparemos en dos bloques: el M.R.I. y las referencias a la historia. La aparición de esa película supone una síntesis de multitud de elementos que habían ido fraguando aisladamente la construcción de una determinada forma de entender el cine. Por tanto, con esta película se instaura lo que se conoce como el Modo de Representación Institucional, que comenzaría aquí su progresiva consolidación como cine dominante.

Vamos ahora a centrarnos en la historia de los Estados Unidos. Por estas fechas, antes de que entrara en la guerra de Europa, Estados Unidos había finalizado la conquista del Oeste y había extendido las fronteras hasta el mar, pero aún no había cerrado la colonización de todos los territorios. Era un país que aún se estaba construyendo y, fronteras para afuera, en su política exterior, sólo llegaba a la zona de influencia americana. Pero lo que a nosotros nos interesa es de fronteras hacia dentro.

Estados Unidos internamente estaba fragmentado por dos grandes causas. La primera, que era un país de inmigrantes. Los únicos americanos eran unos indios que habían sido aniquilados o arrinconados en reservas. Y con respecto a aquéllos que descendían de los pioneros, de los llamados "primeros padres", se daba el caso de que ninguna de sus generaciones había manejado una misma idea de país, al estar éste construyéndose continuamente; y esto, en el caso de que manejaran algún tipo de conciencia de este tipo, lo cual es fácil poner en duda.

La otra gran causa, más fragmentadora aún si cabe, era la Guerra de Secesión. Una guerra que había iniciado el Presidente Lincoln precisamente para mantener unida La Unión y evitar la secesión del Sur. Desde entonces, Estados

Unidos estaba dividido en dos, los perdedores y el Norte. Así pues, desde el punto de vista de la identidad, que es lo que nos interesa, tenemos una especie de collage, de múltiples identidades.

Por tanto, se puede decir que Estados Unidos era un estado que incluía múltiples nacionalidades, pero sin nación estadounidense; esto es, sin un sentimiento nacional estadounidense mayoritario.

Así que, en un contexto histórico favorecedor, en una época de emergencia de sentimientos nacionales, fundamentalmente en Europa pero también en el sur americano, en Estados Unidos era aún uno de los proyectos pendientes. Y es precisamente entonces cuando aparece lo que podríamos llamar el manifiesto de un tipo de cine que llegaría a ser el dominante. Y lo hace con una película que se llama "El Nacimiento de una Nación". Cuando menos, llama la atención.

Uniendo estas dos circunstancias, la pregunta es ¿existe una relación causal, causa-efecto, entre ambos fenómenos?. Voy a dar cuatro razones para pensar que efectivamente esto podía ser así.

En primer lugar, rastreando en la teoría social encontramos la llamada teoría de la "tradicción inventada". Este planteamiento llega incluso a datar el período de emergencia de estas tradiciones inventadas entre 1870 y 1914, curiosamente, desde la posguerra de Secesión, donde triunfó La Unión, hasta la fecha de la película. El contexto de aparición de estas tradiciones sería la Europa de finales del siglo XIX y principios del s. XX. Una transformación social rápida debilitaría o destruiría las pautas sociales para las cuales las antiguas tradiciones habrían sido diseñadas, y se producirían nuevas pautas a las que aquellas tradiciones no serían aplicables, o, al menos, no serían lo suficientemente flexibles como para adaptarse a la nueva situación. Estos son los contextos de aparición. Los contextos de uso serían: para simbolizar cohesión social en comunidades reales o ficticias; para legitimar instituciones, estatus o relaciones de autoridad; para socializar, inculcar creencias, sistemas de valores y convenciones de comportamiento. O para las tres cosas, como parece ser nuestro caso.

En segundo lugar, podemos atribuir a esta relación la unión de un relato de legitimación y un dispositivo narrativo. Es decir, construir una identificación para los colectivos humanos a través de un relato insertado en la Historia, de tal manera que se establezca un origen común, un proyecto común y un "nosotros" frente a un "ellos". Cabe aquí la referencia a la necesidad que, en este siglo, siempre ha

tenido Estados Unidos de explicitar un "enemigo de la patria" contra el que luchar. La necesidad de un "ellos", probablemente, para estrechar la unión del "nosotros". Y junto a este relato legitimador, la presencia, imprescindible para ello, de un dispositivo narrativo. Hablar de Historia es hablar de la sucesión de acontecimientos organizados discursivamente en forma de relatos, es decir, lineal y narrativamente. Y es aquí donde enlazamos con la segunda circunstancia de la que partíamos, la constitución del Modo de Representación Institucional, un modo narrativo necesario para contar historias.

La tercera de las razones, la idea explícita y planificada de "construir una nación" a partir de la heterogeneidad y multiplicidad de identidades que constituyeron los colonos, dataría, en la historia estadounidense, en el gobierno de Abraham Lincoln en 1860, cuando fue elegido presidente con los votos del Norte exclusivamente. La primera medida no se hizo esperar, ante los deseos secesionistas del Sur se declaró la guerra para mantener unida la "nación". De hecho, esto supuso una ruptura con el primer ideal jeffersoniano de constituir una nación de agricultores propietarios donde la individualidad estuviera por encima de cualquier otro bien, que era uno de los presupuestos del Sur.

Con Lincoln, la colectividad se alza por encima del individuo. La impresionante extensión tanto territorial como demográfica que representaba entonces los Estados Unidos, convirtió en ineficaz el proyecto iusnaturalista de Jefferson. La nueva realidad demandaba un tratamiento político que empezaba por unificar el gobierno. Esto es, crear un auténtico estado a la manera de la Europa de la época, eso sí, con una gran diferencia. En Europa lo normal era partir de una nación y materializarla en un proyecto político de Estado. En Estados Unidos fue al revés, primero se construyó el Estado, que era realmente el proyecto de Lincoln, y después se encontraron con que carecían de un sentimiento, de una identidad como nación. Se constituyó, tras la guerra, los Estados Unidos de Norteamérica con el proyecto de un estado ultraliberal que desde luego se consiguió. El desarrollo económico e industrial marcará la siguiente etapa hasta el New Deal rooseveltiano, con la llegada del estado intervencionista.

Hasta ahora, he hecho referencia en varias ocasiones a la ausencia de un sentimiento nacional estadounidense, frente a la existencia de múltiples identidades nacionales provenientes de los países de origen de las grandes masas de inmigrantes. Sí se puede rastrear, sin embargo, una determinada identificación basada

en la tradición de algunas generaciones, con ese primer proyecto jeffersoniano del Mary Flower. Pero no es una identidad nacional, es más bien un código moral y, sobre todo, el argumento ideológico de la élite política, social y económica del país. Un marco especialmente adecuado para el liberalismo a ultranza y el proteccionismo absoluto a la empresa y a la banca, condiciones que fueron imprescindibles para hacer de Estados Unidos una potencia mundial en unos pocos años.

La Constitución de los Estados Unidos entró en vigor en 1879. Desde esta fecha hasta 1933, año en el que llegó Roosevelt con la intervención estatal, fue cuando se produjo el mayor impulso de la economía norteamericana, y la élite que la llevó a cabo estaba compuesta de hombres blancos cuyos antepasados procedían de las islas británicas, Escandinavia y Alemania. En ese mismo período, en 1924, el Congreso adoptó leyes de inmigración que favorecieron a los europeos del norte y discriminaban a los del sur y a los eslavos.

No parece una barbaridad decir que desde esa élite política se perfilaba el retrato social, económico y biológico de aquéllos a los que se les permitía entrar a formar parte del grupo, una estrategia muy normal, por otra parte. Todo colectivo busca las condiciones óptimas de reproducción, y si, además, ese colectivo es la élite, tiene la capacidad de materializar esas condiciones. Curiosamente, tanto el propio Griffith, como la visión que se da en su película, coinciden con este perfil. Pero esto es secundario.

Ya, finalmente, existe un cuarto elemento explícito que nos servirá para ahondar en estos argumentos. Me refiero a la aparición de la Sociología Empírica Americana. En esa etapa de desarrollo económico e industrial a la que ya he hecho referencia antes, y en relación directa con él, en Estados Unidos se desarrollaron grandes núcleos urbanos como Nueva York o Chicago. A medida que la industria requería mayor mano de obra y los asentamientos se extendían en dimensiones cada vez menos abarcables para la escala humana, la emigración a las ciudades fue aumentando para satisfacer tanto los puestos de trabajo directo de las fábricas, como la necesidad de servicios que demandaba un número importante de población.

Independientemente de las pésimas condiciones en que sobrevivían los obreros en épocas de prosperidad económica (la mayoría de ellos inmigrantes de otros países), la población era totalmente dependiente de los flujos económicos y

de la evolución del sistema de trabajo. Esta situación, unida a la total libertad de movimiento que tenía otorgado el Capital por parte del estado ultraliberal, hacía frecuente que en reducciones de empleos, reestructuraciones de empresas o reajustes de la industria, las bolsas de pobreza, la marginación, y la delincuencia en la ciudad creara un clima de preocupación para esa élite dominante. La Escuela de Chicago fue la primera en abordar el estudio de estos fenómenos bajo el prisma del empirismo, el positivismo y el funcionalismo, que definirían los presupuestos epistemológicos y teóricos de toda la Sociología Empírica.

Los estudios de esta escuela defendían que la sociedad, y en este caso concreto, la ciudad, era un todo en equilibrio, organizado e integrado. Y esas situaciones de pobreza, marginación y delincuencia, no la veían como consecuencia de un determinado sistema económico, sino como causas de la desintegración del equilibrio de la sociedad, como patologías de un organismo que era necesario extirpar. Estos estudios buscaban más la reforma social, cambiar una parte de la sociedad, que el bienestar de las poblaciones. Elegían la estructura por encima de las personas.

Estudiaron la diversidad cultural como causa de los problemas de desorganización social y anomia, y vieron la solución, es decir, la estrategia a seguir para mantener el orden establecido, para garantizar la reproducción del sistema, de la estructura social y de sus desigualdades, ese era el planteamiento, repito, vieron la estrategia a seguir en la americanización de las masas no integradas y que recurrentemente eran inmigrantes. Se oponía la americaneidad, construida en términos de racionalidad, pragmatismo, e individualismo como estadio óptimo del progreso, a otras identidades étnicas, de clase, etc, que causaban la fragmentación en la sociedad.

En defensa de estos postulados, los trabajos de muchos de estos sociólogos iban dirigidos a las instituciones públicas que tenían los instrumentos para aplicar el diagnóstico de estas enfermedades. El tratamiento era la asimilación cultural, la americanización.

Estas cuatro circunstancias, nos pueden hacer establecer esa relación causal de la que hablaba al principio. Quizás se podría afirmar que existe una relación causa- efecto entre la situación de una realidad socioeconómica y el surgimiento de un determinado tipo de cine. Sin embargo, no creo que se pueda establecer una correlación entre estas dos situaciones. Ahora bien, sí es cierto que se solapan

históricamente demasiadas condiciones como para afirmar todo lo contrario, es decir, que son elementos simplemente agrupados y forzados a una relación del tipo que sea por parte de quien la establece, un servidor.

Bajo mi punto de vista, estas circunstancias no explican, no se pueden entender como causa, la coincidencia de los dos presupuestos de los que partíamos al principio. Pero, a partir de la coincidencia de esos dos presupuestos, sí se pueden establecer una serie de relaciones que marcan el inicio de dos cosas fundamentales para el siglo XX en todo el mundo:

-la emergencia de un dispositivo de influencia ideológica de masas.

-y el uso de ese dispositivo en toda la extensión del Planeta para construir ideologías acordes con un orden dominante al que garantizar su reproducción.

Por causas fundamentalmente económicas, aunque supongo que también por necesidad de reproducción de la identidad del propio grupo ( solo que, repito, al ser dominante tiene la capacidad para llevarlo a cabo) , esa élite fue construyendo una idea de qué es lo que era "ser americano", construcción ideológica que formaba parte de una cosmovisión que también incluía un modelo de sociedad, un modelo de economía y un modelo moral y ético, es decir, un modelo de prioridades.

Esta idea de "ser americano" es cierto que no tenía un referente real mayoritario entre la población de Estados Unidos. Es decir, no es una identidad de un pueblo que corresponda a la aquilatación de unos determinados rasgos culturales en un proceso histórico, temporal, de convivencia común. Sin embargo, sí sirvió y sí se usó como modelo reificado, de etiqueta y bandera con la que enarbolar una ideología, independientemente de la interacción humana en la realidad.

Igual que primero se creó el estado y después se quiso rellenar de contenido nacional, primero se creó una etiqueta y después se extendió a todo un país como modelo al cual había que aspirar, como modelo auténtico del pueblo americano. Esta es la paradoja que yo quería poner de manifiesto: se construye un artificio y se defiende como algo que emana de la legitimidad de la comunidad, o sea, que no es artificial sino natural. Es este dispositivo, es esta estrategia la que se ha usado para impulsar una ideología, una visión del mundo , a través de los medios de comunicación audiovisuales de masas.

Esta película inauguraría un proceso en el que el modelo se iría perfilando con altibajos hasta la aparición del sonoro. A partir de ese momento, se consoli-

daría definitivamente durante veinte años en lo que se conoce como la Edad de Oro de Hollywood. Un proceso perfectamente comprensible desde el punto de vista de la potencia ideológica del dispositivo:

1) La llegada del sonoro marcaría el punto de inflexión, el impulso definitivo desde el punto de vista de la eficacia narrativa del discurso. La imagen refiere a los objetos, mientras que la oralidad, la palabra apunta al sujeto, lo pone en funcionamiento. Algo necesario para la identificación con el relato.

2) Por otra parte, con el sonoro se consolidó la importancia infraestructural del sistema de estudios. Un sistema productivo de producción de películas, pero además de distribución y favorecimiento de las condiciones de consumo. Es decir, un sistema total.

3) Y, de la misma manera, el final del proceso coincide, y aquí sí es causa, con una circunstancia del orden económico, y otra del orden del discurso. La ley antitrust, que rompió la hegemonía de ese sistema total de absoluto control de todo el proceso; y la televisión, que apareció en las casas presentando la misma cosmovisión, pero más cotidianamente. Es decir, el audiovisual de masas empieza a competir (o quizás debiéramos decir a complementar) con los procesos de socialización más naturalizados: la vida en el hogar y la escuela.

Por tanto, la dimensión ideológica se establece al crear el cine un sistema de representaciones que, con el paso del tiempo y la extensión a cada vez mayor número de personas, acaba remitiéndose a sí mismo. Por eso era imprescindible un sistema narrativo y sonoro capaz de generar discursos ordenadores de la realidad y que priorizan unas cosas sobre otras. En Estados Unidos, la socialización cubre al cien por cien de las personas; la educación y la formación cubren a una élite restringida. La sociedad norteamericana ha sido siempre una sociedad muy estratificada.

Una de las estrategias más usadas en la modernidad para construir ideologías, como propaganda política, etc., y que alcanzaron límites mundiales con la cultura de masas, es hacer creer que los artificios son naturales. Y por eso hacía falta un sistema de representación de la realidad que hiciera parecer que era la realidad; hacía falta un dispositivo discursivo transparente, que anulara el artificio. Esto lo construyó Hollywood, y es lo que permite hablar de autores y de productores de discursos. Estos productores de discursos serían los conocidos "artesanos"; y los autores, aquéllos que llevaron el código hasta el límite de sus posibili-

dades, de forma tal que llegaron a superarlo y a implicarse como sujetos en los propios discursos, en su escritura: por supuesto, John Ford.

Sin duda, el cine, o más concretamente, las películas, eran una parte del sistema de propaganda. Junto a esto, estaban otras instituciones socializadoras, el resto de medios de comunicación masivos, y, por ejemplo, hacer del propio Hollywood un pequeño mundo que remitía a las películas. Ahora bien, se podría decir que estoy hablando de Estados Unidos. Pero es muy importante señalar que la misma estrategia ideológica que se puso en marcha en la sociedad estadounidense, se expandió a todo el mundo, estableciendo un sistema de representaciones que generen aquellas demandas que el propio sistema se encarga de satisfacer. Es un círculo vicioso que, una vez implantado, tiene garantizada su reproducción constante. Es una estrategia puramente capitalista.

Si a esto unimos la expansión paralela del sistema económico capitalista que social y económicamente distribuye y homogeneiza la forma de vida de millones de personas otorgándole primacía al trabajo, entenderemos el papel que dentro del proceso de globalización tuvo y tiene la llamada "cultura del ocio".

Estados Unidos ha sido, desde que nació el cine, el mayor exportador de productos audiovisuales del mundo, y que además llega a la totalidad del Planeta. Y los productos audiovisuales estadounidenses no sólo han sido y son los más consumidos con muchísima diferencia, sino que han llegado a naturalizar una manera de representar con la imagen y el sonido que siempre ha sido la dominante y ha acabado por subordinar cualquier otro uso discursivo.

Se ha definido la violencia simbólica como "la capacidad de imponer, como algo legítimo, significados mediante el establecimiento de signos en la educación". Todos podemos ver el papel del cine y la televisión en nuestra educación. La televisión ha sido para nosotros algo natural, igual que el cine en televisión. Nuestro primer contacto con la Historia no fue con los libros de textos (sobre cuya artificiosidad también se podría hablar), sino con las películas. Con películas nos contaron la II Guerra Mundial, por ejemplo. Y nos la contaron con películas americanas.

Finalizo con dos citas. La primera es de Vicente Romano en la introducción que hace sobre Harry Pross en un libro de éste llamado *La Violencia de los Símbolos Sociales*, dice así en referencia al propio Pross: "En su opinión, la comunicación social puede y debe contribuir al esclarecimiento de los símbolos co-

ercitivos sociales, de la jerarquía de valores impuestas por los poderosos, denunciando la artificialidad de los mismos. Una vez reconocidos como tales símbolos y no como fuerzas reales, perderán gran parte de su poder coercitivo y los hombres podrán combatirlos mejor y ser más libres". Esa es una de las principales funciones de la educación, no de la socialización.

Y la última cita es del propio Pross en ese mismo libro: "Mientras no se reconozca que el empleo de las hipótesis y fundamentos antecede a su propia función como fundamento, "el saber no puede expresar y contemplar sus propios principios sino en forma objetiva, es decir, semimítica". Cassirer publicó esta advertencia en 1922-23, en la introducción al segundo tomo de su *Filosofía de las formas simbólicas*, que tiene por objeto el pensamiento mítico. Era el año en que el extremismo alemán de derechas mostró su caricatura nacionalsocialista, y a esto se debe que el último libro de Cassirer estuviese dedicado a la fabricación de mitos políticos. Apareció en 1945. Mientras tanto, un mundo de signos e imágenes creado por los nazis había ocupado la escena política interna de la República de Weimar; luego la situación política exterior, cambiando así lo que se suele denominar "realidad objetiva". Esta realidad de la sociedad humana consta en buena parte de cosas que están para algo distinto y requieren interpretación, es decir, de signos que hay que interpretar. A través de su existencia material producen sensación, prestigio y comprensión. Los nacionalsocialistas (nazis) ganaron importancia estableciendo nuevos signos. A este respecto es importante recordar que ya a mediados de los años veinte, esto es, casi un decenio antes del establecimiento legal del ídolo del Führer como jefe del Estado (1934), empezaron a castigar con violencia bruta la inobservancia de sus signos, golpeando a los peatones inofensivos que no saludaban las banderas de su columna en marcha. De esta manera, al interpretar brutalmente su valor, convirtieron los signos distintivos en símbolos. La ruina de la república de sabios, que era el supuesto de las universidades, tras la ocupación del poder, la quema de libros por estudiantes alemanes en 1933, el revestimiento de la nación en uniformes y rangos, modificaron en pocos años la realidad objetiva de la "Alemania de Hitler" hasta llegar a la guerra.

Echando una mirada retrospectiva, me parece difícil hallar en esta política algo que, desde "separación" a "objetivo", no sea comunicación de signos llenos de valor. "Mentimos todos" fue el título que le dió la periodista Margret Boveri a sus

recuerdos. Los doce años fueron la mentira como sistema. Demostraron que es posible corromper con signos falsos, objetivando esos signos, a un pueblo de 60 millones. “

Quería finalizar con un testimonio personal y con un caso que no fuera el que hemos cogido como ejemplo.

**NOTA:** a lo largo del texto existen multitud de referencias indirectas a autores y teorías. Excepto las literales, que no tenía más remedio que aclarar su autoría, las demás no tienen su referencia para no buscar posibles legitimaciones en autores y teorías, ni en discursos academicistas. Esto son unas ideas que pretenden formalizar eso que todos manejamos constantemente, pero de forma tácita en la mayoría de los casos. De cualquier manera, la bibliografía responde a la mayoría de ellas.

#### **BIBLIOGRAFÍA:**

Ferro, M. (1963): **Cine e Historia**. ed. Gustavo Gili.

Hannerz, U. (1985): **Exploración de la ciudad**. ed. Fondo de Cultura Económica.

Hueso, A.L. (1988): **El cine y la historia del siglo XX**. Universidad de Santiago de Compostela.

Lyotard, Jean-François (1995): **La Posmodernidad**. (explicada a los niños). Gedisa.

Morrison, E.; Commager, H.S.; Leuchtenburg, W.E. (1989): **Breve historia de la Estados Unidos**. Fondo de Cultura Económica.

Navarro García, L. (1992) (coord): **Historia de las Américas**. vol. IV. ed. Alhambra.

Pross, H. (1989): **La violencia de los símbolos sociales**. Anthropos.

Smith, A. (1989): **Las teorías del nacionalismo**. ed. Península.

#### REFERENCIAS:

- La distinción entre autor y productor de discursos es de Barthes, R. (1969): "Autores y escribientes", en Susan Sontag (ed): **La Cuestión de los Intelectuales**. Buenos Aires, Rodolfo Alonso ed.. Referencia citada en Geertz, C. (1989): **El antropólogo como autor**, ed. Paidós. Barcelona.

-La definición de "violencia simbólica" es de Bourdieu y Passeron, en **La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanzas**, ed. Laia; citado en Pross (op. cit) en pág. 71.

-Sobre la americanización de la Escuela de Chicago: de J.J. Pujadas (1994): "Migraciones y procesos de urbanización", en **Etnicidad: identidad cultural de los pueblos**. ed. Eudema.

-Sobre la nación de Lincoln, en Farias, P. (1995): "El novísimo pacto americano" en **Diario 16**, 1 de Marzo.

-Sobre la élite americana 1879-1933, en Jackson, G. (1995): "¿Quién es estadounidense?", en **EL País**, 9 de Mayo.

-Sobre la teoría de construcción de la tradición, en Hobsbawn, E. y Ranger, T. (eds): **The invention of tradition**, Cambridge. Cambridge University Press.